

## Cuatro generales contra la República:

# Un "golpe" en Francia

Ramón Chao

**L**A historia del «golpe de Argel» de 1961 empieza en Suiza en el mes de marzo de 1954 cuando los nueve padres de la independencia argelina (Ben Bulaid, Diduche, Bitat, Ben Bella, Ait Ahmed, Khider, Budiaf, Krim Belkacem, Ben M'Hidi) crean el Comité Revolucionario de Unidad y Acción para luchar por la liberación de su país. Meses después, el 1 de noviembre de 1954, Budiaf ordena el levantamiento armado. Desde entonces los gobiernos franceses hubieron de vérselas con un pujante movimiento subversivo. El Ejército francés, que acababa de ser derrotado en Indochina, se mostraba incapaz de sofocar otra lucha por la dignidad y la independencia. En París caían los primeros ministros y se dislocaban las coaliciones gubernamentales como en el campo de batalla se desbarataban todos los planes de pacificación. Con todos ellos se desmoronaban las instituciones de la IV República, bastante desconsideradas ya por su inestabilidad congénita, por una serie de escándalos financieros. Se desvelaban casos relacionados con la vida privada de algunos ministros, que los partidarios del general De Gaulle, apartados del poder desde hacía diez años, con éxito se encargaban de fomentar.

**H**ABIA entonces en Francia variados complots para acabar con la IV República, pero a todos se adelantó el fogoso Pierre Lagailarde, presidente de la Asociación de Estudiantes de Argel, oficial reservista de paracaidistas además, al ocupar con sus hombres el edificio del Gobierno general de Argel el 13 de mayo de 1959. Cien mil habitantes europeos de la ciudad le seguían, con vítores a **Argelia francesa** ante la perplejidad de los militares, a quienes aquellos civiles desorde-

nados habían frustrado un plan progaullista. Colombay les deux Eglises, la residencia del general, se convierte en el centro neurálgico del país. Van y vienen sus emisarios, que crean en Argelia Comités de Salvación pública para controlar el frenesí populachero y encauzar la revuelta hacia el ejército y hacia el general De Gaulle. El principal mensajero será Leon Delbecque, que hizo aclamar el nombre del general De Gaulle a los «pieds noirs». Cuenta la historia con minúscula que

cuando Leon Delbecque regresó a París con la ilusión de recibir el agradecimiento de su hombre, y también para hacerle ciertas críticas porque De Gaulle se había separado de los elementos de extrema derecha, el general le cortó de entrada diciéndole: «Bravo, Delbecque, ha actuado usted muy bien..., pero confíese que yo también...». Ya De Gaulle se alejaba de los que le alzarán al poder. Había legalizado el golpe de Estado, prefiriendo, para su nombramiento de presidente de la República, las





vías constitucionales. Y es que no sólo tenía «una cierta idea de Francia», mas también de lo que quería hacer en Argelia, exactamente lo contrario que los que habían sido sus aliados.

Así, cuando el 15 de marzo de 1961 anuncia en el Consejo de Ministros que Francia va a iniciar negociaciones con el GPRA (Gobierno Provisional Revolucionario de Argelia), los militares franceses que llevan la guerra aceleran sus preparativos, vale decir, un nuevo golpe para derrocar esta vez al general De

Gaulle. Y cuando éste, el 11 de abril del mismo año, y ya estamos en el vigésimo aniversario, explica con aquel su sentido grandioso de la historia, y aquella su ironía impagable que «no pondrá ningún obstáculo a la instauración de un Estado argelino soberano», que si ese Estado elige la cooperación con Francia «mejor que mejor», pero que si la rechaza «allá ellos», y en fin, que si los rusos y los americanos se quieren repartir los despojos de esa «provincia francesa», «que se lo pasen bien», «ese

día —escribirá más tarde el general Challe, que sería el jefe de los amotinados—, después de escuchar esa homilía inhumana, tomé la decisión»... Otros oficiales tomaron la misma. Los servicios psicológicos del Ejército habían grabado la declaración del Jefe del Estado, que se desmenuzó en las salas de los Estados Mayores. Para muchos de los altos jerarcas la idea de abandonar Argelia al FLN era una traición, una locura, y para *no pocos*, la gota de agua que les iba a llevar a la sedición.





Ben Bella, Mohamed Khider y Yusef Saady, dirigentes del Frente Nacional de Liberación de Argelia, durante una conferencia de prensa en la Casbah de Argel (julio de 1962).

El «complot de Argel» se fragua en realidad en París, donde dejaría muchas ramificaciones, en el domicilio del general Faure. Allí se reúnen los generales Challe, Zeller, Jouhaud (los tres sin mando, así como estaba Salan, por haberse comprometido en intentonas anteriores), y Gardy, que es el correveidile de Salan, refugiado en Madrid. El general Faure informa:

—Con nosotros están Casati, Mouchonnet, Blehaut, Saint Rémy, Basset, y los coroneles Argoud, Godard, Broizat, Lacheroy, Vaudrey.

—Chateau-Jobert también, añade el general Jouhaud.

El general Challe, que debía

ser la cabeza prestigiosa de los levantiscos y resultaba el más inteligente, no estaba muy convencido de que todos aquellos nombres de generales y de coroneles, con algún capitán y sargento de propina, fueran suficientes para arrastrar a todo el Ejército. Jouhaud lo convenció.

—Cuando tomemos Argel, Orán, Tlemcen, será tal el entusiasmo, que los indecisos se unirán a nosotros.

El general Nicot les facilita aviones para que se trasladen a Argelia. En París queda Faure, encargado de encabezar la rebelión en la metrópoli, sin la cual la argelina no podría resistir. Programan el golpe para la no-

che del 20 al 21 de ese mismo mes de abril.

Sufrió un día de retraso, pero les salió perfecto. El sábado 22, una voz anónima anuncia por Radio Argel que «el Ejército ha asumido el control del territorio argelino-sahariano. La operación —añade con grandilocuencia la voz— se ha desarrollado de acuerdo con el plan previsto, sin un solo disparo...». Irrumpe luego en las ondas el general Challe: —«Estoy en Argel con los generales Zeller y Jouhaud, en contacto permanente con el general Salán para cumplir con nuestro juramento, el juramento que hiciera el Ejército de conservar Argelia, y





Pierre Lagailarde ante la Oficina de Correos de Argel, durante el «Putsch» de Argel.

de que nuestros hombres no hayan muerto en balde...». Tras estas palabras Radio Argel sólo emite marchas militares. Los «pieds noirs», habitantes europeos de la ciudad, salen a la calle. Manifiestan su júbilo con los obsesionantes ritmos descompasados del «ti-ti-ti...ta-ta...» (*Algérie française*) de las bocinas, y aclaman a los generales.

La operación se había desarrollado en cinco horas, al amparo de la noche. Cuando se despertó la ciudad, los edificios públicos estaban custodiados por los paracaidistas del Primer regimiento extranjero, pertrechados con fusiles, metralletas, granadas, y así se encuentran

también dentro de los estudios de radio y televisión, en las agencias, en las oficinas de correos. Dos horas antes avanzaban sigilosamente, con botas de goma, infiltrándose en la ciudad. Venían de lejos, de la zona del Constantina, deteniéndose una hora en el cuartel de Zeralda, donde recibieron las últimas instrucciones del plan de ocupación, según el más moderno manual de cómo efectuar un golpe de Estado.

Entre Zeralda y Argel, las barreras de los CRS caen sin ofrecer resistencia alguna. Los gendarmes se niegan a disparar contra los paracaidistas. Los camiones de los paracaidistas se dirigen a

Argel a tumba abierta, con los faros encendidos. El general Gambiez, jefe del Ejército en Argelia, sale en coche al encuentro del convoy. Los camiones continúan. Sólo se detiene un «jeep» donde viaja el coronel Durand-Ruel, que reconoce a su general.

—Está usted fuera de onda, general. Han vuelto Challe y Zeller. Unase a nosotros.

—Queda usted detenido, le dice el general.

—Deténgame usted, si puede.

El general Gambiez vuelve a su coche y emprende una carrera para alcanzar al convoy de legionarios. Llegan todos juntos a las puertas de



Argel. El Jefe supremo ordena a los CRS:

—Estos hombres se han sublevado contra la jerarquía. Deténganlos.

Los CRS, inmóviles. No todos; algunos vacían ostensiblemente los cargadores de las metralletas. Bajan de los camiones los legionarios, que maltratan al general. Intenta huir, y Durand-Ruel le vacía los neumáticos con

una ráfaga de ametralladora. El comandante-jefe del Ejército queda hecho prisionero, y con él el ministro de Obras Públicas, Robert Buron, que se encontraba en el palacio de la Delegación general.

En París, a las dos de la madrugada, el general De Gaulle dormía. Lo despierta el secretario general de la Presidencia, y el presidente

francés reúne inmediatamente a sus hombres de confianza: Jean Foccart, Bernard Tricot y Michel Debré. A pesar de las informaciones que circulaban sobre un inminente golpe de Estado, parece que éste les sorprendió a todos. El primer ministro, Michel Debré, estaba a punto de salir hacia Cherburgo; el ministro de Justicia, Edmond Michelet, se en-



El general Salan saludando al representante de la República Francesa en Argel, Jacques Soustelle.



contraba en Rennes, y los ministros de Asuntos Exteriores y del Ejército, Couve de Murville y Messmer, respectivamente, participaban en ceremonias protocolarias en Rabat.

Se ha atribuido esta des-envoltura de los ministros ante tantas informaciones concordantes y precisas, al carácter altivo del general De Gaulle, siempre sordo a toda clase de consejos.

Mientras tanto, en Argelia los facciosos aprovechan la indecisión que muestra el Gobierno central de París para reforzar sus posiciones. Pero no consiguen los resultados que esperaban. Los

# ALGÉROISES, ALGÉROIS !

REGARDEZ CES TRAITRES

QUE LEUR IMAGE RESTE, EN VOS MEMOIRES, LE SYMBOLE DE LA DECHÉANCE DE LA DICTATURE GAULLISTE ET L'INSULTE DU POUVOIR A TOUS CEUX QUI SONT MORTS POUR NOTRE PATRIE.  
L'O.A.S. A DÉJÀ PUNI CERTAINS, LES AUTRES SERONT BIENTÔT CHÂTIÉS SANS PITIE.



## Le chef et quelques-uns de ses barbouzes



PEYZONI  
responsable ville rue Fédre



BOU THE Roger  
dit BU THE  
EXÉCUTE



BENINET Robert  
dit LASSUS  
EXÉCUTE



SON TAY  
dit PAGO René  
EXÉCUTE



VILONGA  
dit VILALONGA



TRANG THOMAS  
EXÉCUTE (Fenda)



VILLARD  
dit PIÉROT



SARRABY Honoré



TOUITOU Joseph  
dit JOJO le Turcien

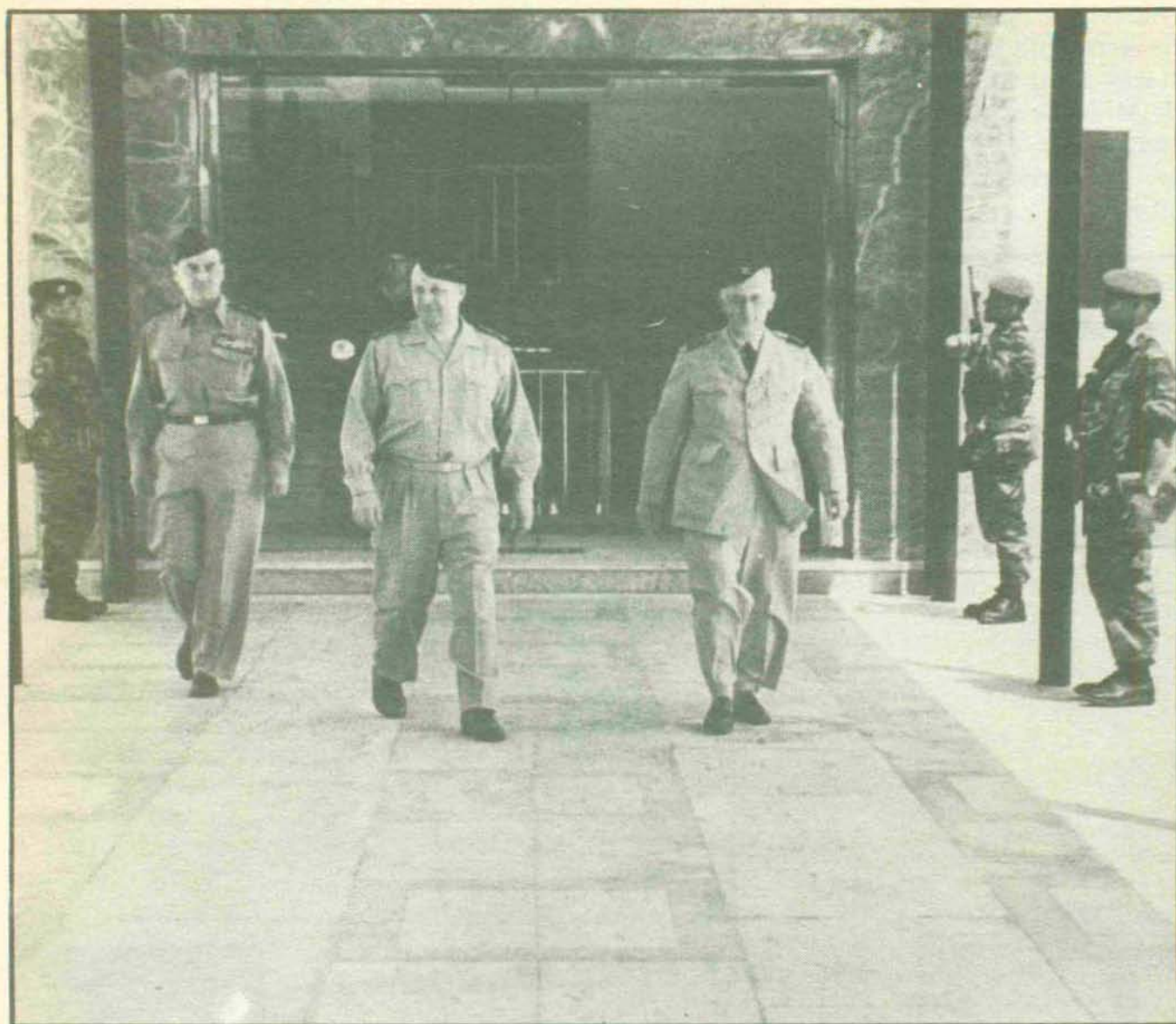


VILLACHON Albin  
dit BELLECH  
EXÉCUTE

**L'OAS frappe où elle veut, quand elle veut, comme elle veut**

Después de haber respaldado a De Gaulle, la O. A. S. pide su muerte...





Los generales Jouhaud, Zeller y Challe, salen del hotel Poletti de Argel, se inicia el «Putsch» de Argel (abril de 1961).

generales veletas les apoyan verbalmente, pero en la práctica no toman ninguna decisión insurgente. Y ese mismo día del sábado 22 de abril sufrirán los generales facciosos el primer fracaso: la Marina se niega a apoyarlos. La ciudad super alegre y archiconfiada que era Argel vira hacia la gravedad, pues ya se entrevé la dificultad de la empresa. Por la tarde, el coronel Argoud se apodera del mando del Ejército en Orán, y allí se encuentra con la realidad castrense: convoca a los oficiales superio-

res, que le escuchan respetuosamente e incluso con simpatía. Le dicen, «sí, mi coronel», pero al volver a sus despachos no hacen lo que prometieron hacer. Oponen una insuperable fuerza de inercia, y Argoud se ve obligado a poner dos o tres legionarios al lado de cada oficial. Tampoco se une la aviación a los levantiscos, a pesar de haberlo hecho el comandante-jefe de este cuerpo, el general Bigot. Sus subordinados no le siguen. Una esperanza para los sublevados: el apoyo de los

americanos. Se había dicho que antes de lanzarse a esta aventura, un hombre tan prudente y de prestigio como el general Challe se había entrevistado en París con agentes de la CIA que le aseguraron la buena disposición de los EEUU hacia su acción. Muchos observadores piensan que en aquella época los americanos habían emprendido una gran maniobra destinada a detener a los soviéticos, tanto en Cuba como en Argelia, y que hay una relación directa entre la invasión de la bahía de Cochinos y el

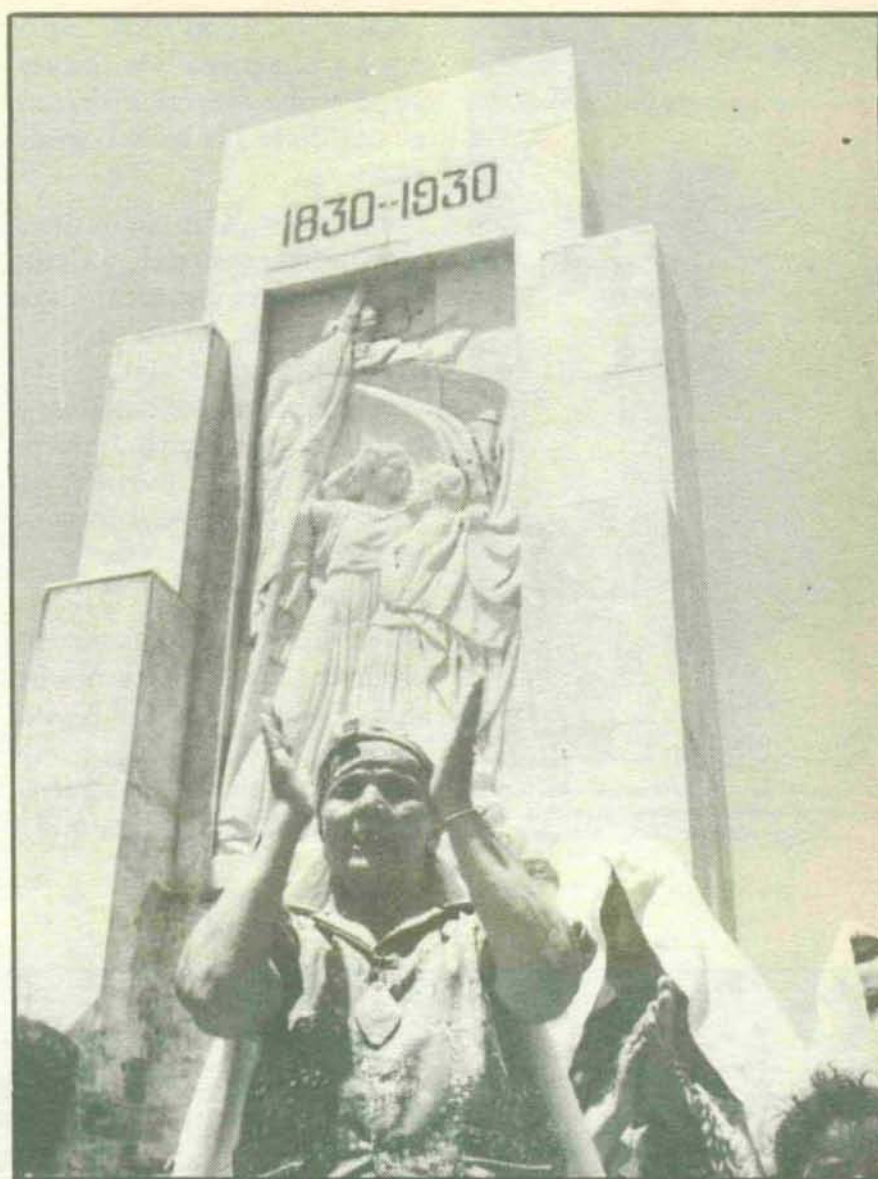


golpe de Argel. Al fracasar el primero, los americanos retiraron la ayuda que habían prometido a los cuatro generales.

La toma de poder en Argelia era relativamente fácil, por el apoyo con que contaban los sublevados entre los civiles europeos, y la rapidez de maniobra de las unidades estacionadas en Argelia, aunque los militares desconfiaban de los alborotadores y pistoleros de la OAS, que salieron estrepitosamente a la calle, bandera negra al frente, para apoyar a los militares. Un comando se apoderó de cuatrocientas metralletas de la comisaría central, y el general Godard distribuyó discretamente armas entre sus miembros. Pero el general Challe se niega a recibir al representante de la OAS, Dominique Zatarra, y el **ejército secreto** permanecerá al margen, en espera de que el general Salan, una vez perdido todo, se pusiera a su frente.

Para los conjurados, lo esencial era extender el movimiento a la metrópoli, tomar París. Y para ello contaban con una red en todo el territorio, que dirigía el general Faure, y un plan de desembarco aéreo en la capital. La operación debía efectuarse el domingo día 23, con aviones militares de transportes medios DC-3, y otros requisados a las compañías Air France y Air Algérie.

La primera operación correría a cargo de una oleada de 2.500 paracaidistas que ocuparían los principales aeropuertos, en espera de que



Una musulmana argelina ante el monumento que simboliza la presencia francesa en Argelia, pide la independencia para su país.

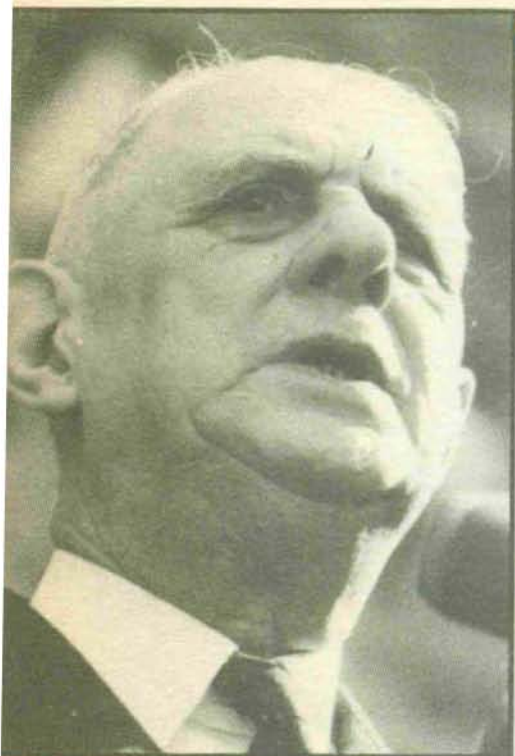
volvieran los aparatos con refuerzos.

Estas informaciones llegaron al Gobierno francés, y así se explica la aparición tardía por la hora (once y media de la noche) y el aspecto desencajado y apocalíptico de Michel Debré que lanza un sorprendente llamamiento a los parisinos para que vayan «a pie, o en coche, a los aeropuertos, para convencer a los soldados descarriados que han cometido un grave error».

El tono patético de Michel Debré cae en lo cómico, pero

muchos parisinos lo toman al pie de la letra y así van unos a los aeródromos y otros se dirigen al Ministerio del Interior, reclamando armas. El Partido Socialista, la Federación de la Educación Nacional y el PSU las exigen para sus militantes, y allí se presenta André Malraux para arengar a la muchedumbre: «Os traigo un saludo del general De Gaulle. Francia está viviendo una noche histórica. Los paracaidistas estarán aquí dentro de unas horas, o nunca. Vosotros estaréis entre





De Gaulle, Jefe del Estado francés, contra el que se levantaron los generales golpistas en abril de 1961, en Argel.

ellos y la República, entre ellos y el general De Gaulle. Espero que, de todas formas, el combate no será necesario».

Por si acaso, sólo armaron a los militantes del partido UNR (gaullista), a algunos socialistas ex resistentes, y a los gaullistas de izquierda. Pero como profetizara Malraux el visionario, nadie tuvo que luchar, porque, entre otras cosas, los pilotos se negaron a transportar a los paracaidistas.

Hay ruidos de tanques en la capital. Llegan de Rambouillet, avanzan por el boulevard Saint Germain, por los Inválidos, hacia el centro. Las autoridades tranquili-

zan a los parisinos: se trata de «tanques amigos», destinados a proteger el Senado, la Asamblea nacional, el Elíseo...

De Gaulle siempre tuvo un gran sentido de la dramaturgia. Esta vez también dejó que la situación llegase a su momento más tenso para intervenir. Lo hizo el domingo 23, con un solemne llamamiento a la nación, por radio y televisión, que modificaría radicalmente los acontecimientos.

Esa noche vimos al De Gaulle de los grandes momentos. Toda su mitología estaba contenida en este mensaje, la puesta en escena, la comedia en su acepción clásica, con



Barricadas en las calles de Argel, durante el fracasado «golpe de los generales».



aquellos tres ¡hé! repetidos en tesis diferentes y silencios angustiosos entre ellos, con la reutilización de un vocablo en desuso, lo del «cuarterón» de generales, que tanta fortuna hizo. Pero había más que el estilo. Concretamente, De Gaulle daba órdenes precisas a los soldados para que desobedecieran a los sublevados. Más aún, para que les «cerrasen el camino, en espera de vencerlos», «con todos los medios», recalcando esta última frase y, en fin, a los usurpadores del poder les prometía «todo el rigor de la ley».

Hasta entonces, el Gobierno no había dado consignas claras, desde ahora, los soldados rasos, y **a fortiori**, los superiores y todos los servidores del Estado, sabían que



Michel Debré, el hombre de confianza de De Gaulle, durante la crisis de Argel.



tenían que luchar contra el cuarterón de generales y contra sus secuaces. El complot estaba edificado, y había durado, en la certeza que tenían los sublevados de que «el Ejército no dispara contra el Ejército». A eso se debía que tantas unidades se hubiesen plegado ante las órdenes de los generales facciosos. Las nuevas de De Gaulle iban a aumentar las dificultades por las que atravesaban los amotinados. En primer lugar, altos funcionarios de la capital, más o menos implicados en la operación «Resurrección»

El general André Zeller, uno de los conjurados de Argel.





Desde el balcón del Palacio del Gobierno de Argel, el general Salan arenga a la multitud. Era el «Putsch».

(toma de París y de la metrópoli), vuelven a cauces legalistas. Y en Argelia, gracias a los transistores, el efecto es prodigioso. Los soldados rasos escucharon a De Gaulle apiñados en las habitaciones. Inmediatamente se producen manifestaciones en los cuarteles. Los soldados utilizan los aparatos del Ejército para grabar la allocución presidencial y multiplicarla por todo el territorio.

El movimiento de desobediencia había sido hasta entonces desordenado, individual, pero con las consignas del Jefe supremo, adquiriría una unidad. El descon-

tento que se observaba en ciertas unidades, como en las bases de aviación de Blida y de Maison-Blanche, se acentúa y se organiza, más allá incluso de lo que hubiese deseado el general - presidente: se producen manifestaciones de soldados de extrema izquierda, comunistas, puño alzado, cantando «La Internacional». Los soldados arrestan a sus superiores díscolos, los encierran en calabozos y hasta llegan a ejercer actos de «justicia popular» e incluso individual. A estas alturas el cuarterón recurre al apoyo de los civiles. Organizan la primera manifestación de masa

desde la toma del poder en Argelia. El lunes 24 los habitantes de Argel de origen europeo se reúnen en el Foro de la ciudad, y en el Palacio presidencial ven por primera vez a los cuatro aventureros reunidos. (Hasta entonces Salan se encontraba refugiado en Madrid, y a pesar de estar «especialmente vigilado» por la policía nuestra, logró escapar de España en un avión alquilado). Es el canto militar del cisne. La resistencia en el Ejército es cada vez más activa. Los pilotos de Blida y de Maison-Blanche no se contentan con negarse a efectuar operaciones. A pesar de las autome-





André Malraux, la «conciencia» de la V República, leal al general De Gaulle, en los días difíciles, y posteriormente uno de los «delfines» durante su mandato.

tralletas, despegan hacia Francia, utilizando varias pistas a la vez, con el peligro que esto encierra.

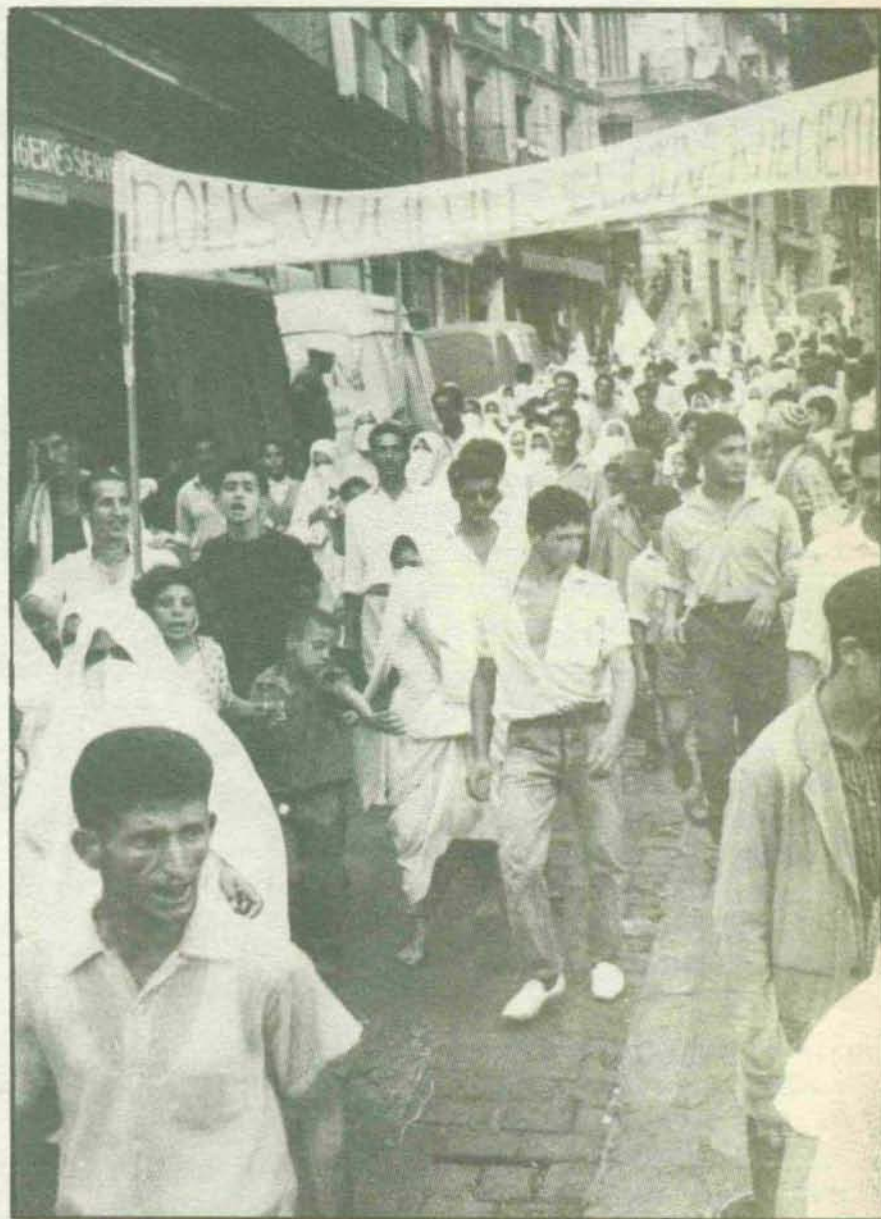
El martes 25 se produce el verdadero reflujo del movimiento sedicioso. Todavía tratan los generales de conseguir lo imposible con decisiones tajantes. Desmovilizan a una parte del Ejército, para librarse de los soldados contragolpistas, y a la par piensan incorporar a ocho quintas de argelinos europeos.

Demasiado tarde y para nada, pues el golpe de Argel podía triunfar en Argelia, pero no en la metrópoli.

El «cuarterón» no disponía de una quinta columna infiltrada en todos los mecanismos del Estado, como De Gaulle en 1958, y los cuatro generales habían menospreciado la importancia de las masas musulmanas favorables al FLN. Aunque los combatientes argelinos se

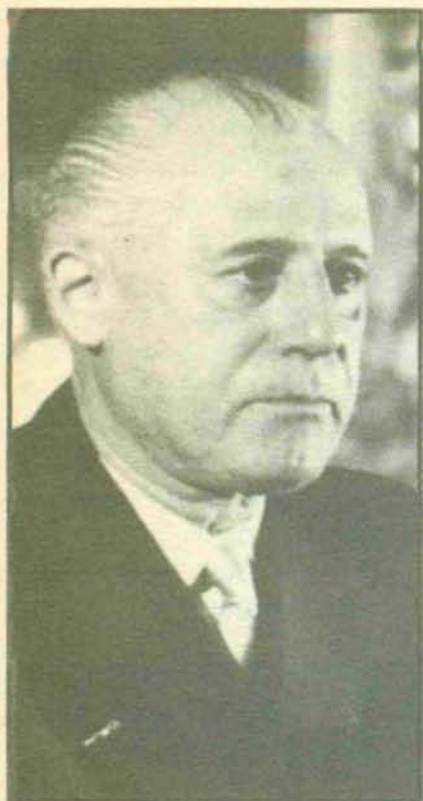
mostrarán sumamente prudentes durante todos estos días, su peso se sintió continuamente en la evolución de la crisis. El contexto internacional les era absolutamente desfavorable. Condenados por toda la prensa internacional, y por la inmensa mayoría de los gobiernos, recibieron el primer golpe de gracia con el mensaje del presidente Kennedy a Charles de Gaulle: «Querido general, en estos momentos graves para Francia quiero manifestarle mi

amistad, mi apoyo y los del pueblo americano». El segundo y definitivo les cayó el 26 de abril, cuando una unidad de paracaidistas se presentó en la base naval de Mers-el-Kébir con la pretensión de ocuparla. Allí se encontraron los paracaidistas con que los marinos aplicaban las consignas del general De Gaulle, y les recibieron con tres salvas de aviso. La ilusión de que el Ejército no dispararía contra el Ejército se esfumó. Aquella misma noche el general Challe in-



La población musulmana de Argel se manifiesta a favor de la independencia y contra los designios colonialistas de los generales insurrectos.





Raoul Salan, durante su proceso, posterior al fallido golpe de Estado de abril de 1961.

forma al coronel De Boisseau que está dispuesto a rendirse.

La rebelión termina como había empezado: con una voz anónima por Radio Argel: «Argelinos, todos al Foro, para evitar la traición».

Pronto se oye, por primera vez desde hace cuatro días, el diario hablado transmitido desde París: «Argelinos, os han implicado en una lucha fratricida. Ha llegado el momento del restablecimiento del orden. Regresad a vuestras casas a reflexionar...».

Los otros tres generales desaparecen, y el coronel Argoud, solo en la Delegación general, dice a los periodistas: «Lo único que puedo hacer es pegarme un tiro». ■

R. Ch.



La estatua de René Viviani, símbolo de la presencia francesa en Argel, tras el fracasado golpe de Estado.